

CAPÍTULO XXXIV

CONCLUSIÓN DE LA GUERRA

I. Maroto y los consejeros de Don Carlos. — Segundas nupcias de éste con su cuñada la Princesa de Beira. — Fusila Maroto á varios generales carlistas. — Se le declara traidor á la causa. — Vuelve á la gracia de Don Carlos. — Nuevos triunfos de Espartero. — Nómbrasele Duque de la Victoria. — Zurbano. — Narváez en la Mancha. — II. Consejo celebrado por varios generales carlistas en Zornoza. — Combates de Villarreal y Areta. — Sublevación de dos batallones navarros contra Maroto, alentada por Don Carlos. — Proclamas de Espartero y Maroto. — Su primera entrevista. — El Pretendiente, belicoso. — El ejército carlista quiere la paz. — Preliminares de ella en Oñate. — Convenio de Vergara. — Abrázanse Maroto y Espartero. — Retírase á Francia Don Carlos. — Asesinatos de González Moreno y del Conde de España. — III. Aragón y el Maestrazgo. — O'Donnell en Lucena. — Espartero en Aragón. — Acciones de Segura y otras ganadas por los liberales. — Capitulación de Morella. — Cabrera se retira á Francia. — Fin de la guerra civil.

I

Dejamos en el capítulo anterior á Maroto otra vez en el real de Don Carlos como general en jefe de sus tropas. Enérgico y activo, dispuso desde luego medidas que restableciesen el equilibrio de la guerra en condiciones ventajosas para los carlistas, y entre ellas la de fortificar diferentes pueblos y montañas para prevenir cualquier ataque del ejército liberal. Juzgó conveniente la concesión de mandos á los antiguos jefes Conde de Negri, Villarreal y La Torre y pidió que se los destinase á sus órdenes, así como que se reconcentraran las columnas dispersas en las provincias Vascongadas, á fin de fortalecer su acción.

Todas estas providencias y peticiones eran acogidas con marcado disgusto por la camarilla de Don Carlos, á la que molestaba el predominio de los militares, como si ellos no fuesen los que hubieran de dictar la ley, tratándose de una causa fiada exclusivamente al imperio de las armas. Aquellos fanáticos cortesanos pasaban el tiempo en destruir la reputación de sus propios generales, considerando sólo aptos á los que mejor cumplieran los deberes religiosos.

Vino á dar fuerza al partido de los intransigentes el casamiento de Don Carlos, en segundas nupcias, con su cuñada Doña Teresa, Princesa de Beira. Era una mujer tan beata como altiva, y en su deseo de participar de los honores

reales, trasladóse desde Salzburgo (Austria) al campamento de los carlistas. Apreciaron éstos con criterio distinto tal matrimonio, que no reportó ninguna conveniencia á la causa, y, por el contrario, hizo multiplicar los cuidados y gastos que exigía el mantenimiento de la fantástica Corte rebelde.

Menudeaban las intrigas de los apostólicos contra Maroto, consiguiendo hacer entrar en ellas á varios generales que se le manifestaron hostiles. Avisó á éstos, Maroto, que cesasen en sus maquinaciones, pues de otra suerte les castigaría como sediciosos é insubordinados; mas la conjuración continuó, alentada por la camarilla. Maroto, entonces, para sostener el prestigio del partido militar y hasta para defender su vida amenazada, prendió á los generales Sanz, Guergué y García, al brigadier Carmona y al intendente Uriz, haciéndoles pasar por las armas en Estella el día 7 de Febrero de 1839. Puso en conocimiento del Pretendiente lo sucedido, explicándole en una larga exposición, que hizo imprimir, las causas que á ello le movieran, y hablándole de los gérmenes de discordia que se abrigan y sostienen por personajes de la Corte real. Contestósele con este manifiesto:

« Voluntarios, fieles vascongados y navarros: El general don Rafael Maroto, abusando del modo más pérfido é indigno de la confianza y la bondad con que le había distinguido, á pesar de su anterior conducta, acaba de convertir las armas que le había encargado para batir á los enemigos del Trono y del Altar, contra vosotros mismos. Fascinando y engañando á los pueblos con groseras calumnias, alarmando, excitando hasta con impresos sediciosos y llenos de falsedades, á la insubordinación y á la anarquía, ha fusilado sin preceder formación de causa á generales cubiertos de gloria en esta lucha, y de servicios y fidelidad acendrada, sumiendo mi paternal corazón en la amargura. Para lograrlo, ha supuesto que obraba con mi real aprobación: sólo así podría haber encontrado entre vosotros quien le obedeciese. Ni la ha solicitado, ni jamás la concederé para arbitrariedades y crímenes. Conocéis mis principios, sabéis mis incesantes desvelos por vuestro bienestar y por acelerar el término de los males que nos afligen.

» Maroto ha hollado el respeto debido á mi soberanía y los más sagrados deberes, para sacrificar alevosamente á los que ponen un dique insuperable á la revolución usurpadora, para exponernos á ser víctimas del enemigo y de sus tramas. Separado ya del mando del ejército, le declaro traidor, como á otro cualquiera que después de esta declaración, á que quiero se dé la mayor publicidad,



Maroto.

le auxilie ú obedezca; los jefes y autoridades de todas clases, cualquiera de vosotros, está autorizado para tratarle como tal, si no se presenta inmediatamente á responder ante la ley.

» He dictado las medidas que las circunstancias exigen para frustrar este nuevo esfuerzo de la revolución, que abatida, impotente, próxima á sucumbir, sólo en él podría cifrar su esperanza: para ejecutarlas cuento con mi heroico ejército y con la lealtad de mis amados pueblos, bien seguro de que ni uno solo de vosotros al oír mi voz, al saber mi voluntad, se mostrará indigno de este suelo, de la justa y sagrada causa que defendemos, de las filas en que me glorío de marchar el primero, para salvar el Trono, con el auxilio de Dios, de todos sus enemigos, ó perecer, si preciso fuese, entre vosotros.

» *Real de Vergara, 21 de Febrero de 1839.* — CARLOS.»

En vez de acobardarse Maroto ante estas amenazas, reunió á las tropas é hizo que se las leyese el manifiesto. Terminada la lectura, exclamó:

» ¡Soldados! Aquí me tenéis; yo soy ese hombre que se os manda asesinar; haced todos y cada uno de vosotros lo que mejor os parezca. A nadie quiero comprometer en causa que me es personal; franco tenéis el camino.» Con vivas á Maroto fueron acogidas sus últimas palabras, gritos que iniciaron los generales Conde de Negri y Silvestre, arrastrando con su entusiasmo á las tropas.

Seguido de ellas dirigióse el general en jefe al cuartel real, pero Don Carlos transigió antes de verle, consintiendo que abandonasen su corte hasta treinta y siete personas de las indicadas por Maroto como causantes de la situación á que se había llegado. Unas, como el obispo de León, don Basilio García, don José Uranga, fray Ignacio Larraga y don José Arias Tejeiro, fueron conducidas á Francia con una escolta por el general Urbiztondo; otras, entre ellas el auditor Pereda, el cura Echevarría y don Nicanor Lavandero, desaparecieron antes de ser reducidas á prisión.

El resultado de este triunfo de Maroto, fué que el diario oficial de Don Carlos publicase, tres días después de la anterior alocución, el documento que sigue:

« Excmo. Señor. — El Rey nuestro Señor se ha servido dirigirme con esta fecha el Real decreto siguiente:

» Animado constantemente de los principios de justicia y rectitud que he consignado en el ejercicio de todos los actos de mi soberanía, no he podido dejar de ser altamente sorprendido cuando con nuevos antecedentes y leales informes he visto y conocido que el teniente general, jefe de Estado Mayor, don Rafael Maroto, ha obrado con la plenitud de sus atribuciones y guiado por los sentimientos de amor y fidelidad que tiene tan acreditados en favor de mi justa causa; estoy ciertamente penetrado de que siniestras miras, fundadas en equivocados conceptos, cuando no hayan nacido de una criminal malicia, si pudieran ofrecer á mi regia confianza hechos exagerados y traducidos con nociva intención, no debo permitir corran por más tiempo sin la reparación debida á su honor mancillado; y aprobando las providencias que ha adoptado dicho general, quiero continúe

como antes á la cabeza de mi valiente ejército, esperando de su acendrada lealtad y patriotismo, que si bien ha podido resentirle una declaración ofensiva, ésta debe terminar sus efectos con la seguridad de haber recobrado aquél mi real gracia, y la reivindicación de su reputación injuriada; asimismo quiero se recojan y quemén todos los ejemplares del manifiesto publicado, y que en su lugar se imprima y circule ésta mi expresa soberana voluntad, dándose por orden en la general del ejército, y leyéndose por tres días consecutivos al frente de los batallones. — Tendréislo entendido y lo comunicaréis á quien corresponda. — Está rubricado de la real mano.

» De real orden lo traslado á V. E. para su inteligencia, satisfacción y demás efectos consiguientes. — Dios guarde á V. E. muchos años. — *Real de Villafranca á 24 de Febrero de 1839.* — LUIS GARCÍA PUENTE. — Señor jefe del E. M. G. del ejército.»

Al propio tiempo se ponía en libertad á los generales Gómez, Elío y Zariátegui y al brigadier Cabañas, confiriéndoles nuevamente sus antiguos mandos.

Aprovechando Espartero el efecto causado por los fusilamientos de Estella en las tropas carlistas, y para impedir que éstas saliesen del centro de sus operaciones, comenzó otras que terminaron ganándoles las posiciones de Ramales y el fuerte de Guardamino, quedando prisionera su guarnición. También fué señalado el triunfo obtenido entonces por el general León, apoderándose nuevamente de los formidables reductos de Belascoain, para lo que vadeó el Arga al frente de sus soldados con el agua al pecho, arrostrando el mortífero fuego de los rebeldes. Tan brillantes acciones hubieron de llamar la atención del País, y la Reina otorgó en premio á ellas la grandeza de España con el título de Duque de la Victoria á Espartero, y el de Conde de Belascoain á León.

Eficaz fué la intervención del valiente guerrillero Martín Zurbano en estas operaciones. Recibió el encargo de vigilar las líneas carlistas en los límites de Rioja y Álava, y, llevado de su habitual ardimiento, no sólo impidió la reunión de las fuerzas del enemigo, sino que derrotó á una partida numerosa en Gamarra. El Gobierno le recompensó con la cruz de comendador de Isabel la Católica.

Gran notoriedad alcanzó antes de los sucesos que acabamos de referir, el general Narváez, organizando el ejército de reserva de Andalucía, y pacificando



Elío.

la Mancha. Llevó á cabo dicha organización en cinco meses, poniendo en pie de guerra 14,000 infantes y 1,300 jinetes, perfectamente equipados y dispuestos para ejecutar, como lo hicieron, la conveniente obra de limpiar las provincias de Cuenca, Toledo y Ciudad-Real de las innumerables partidas de latro-facciosos que las infestaban. Desplegó Narváez para ello verdadera crueldad, siendo su único acto de justicia el realizado con el prior de la Calzada de Calatrava, don Valeriano López de Torrubia, instigador de la matanza de los milicianos y sus familias en la iglesia de aquel pueblo, cuando efectuó su segunda expedición don Basilio García. Formóle un proceso y, comprobado el delito, se le fusiló al pie de las ruinas de la misma iglesia donde hizo perecer infamemente á sus víctimas.

II

Ibase debilitando en el Norte la pujanza del carlismo, debido á sus excisiones y á los últimos triunfos de Espartero, León y Zurbano. Juzgando grave la situación, convocóse por Maroto en Zornoza, el 29 de Mayo, un consejo de generales, al que asistieron Silvestre, Montenegro, La Torre, Eguía, Villarreal y Zariátegui. Aquél expuso su temor de aventurar una batalla decisiva, porque de perderse podría ocasionar el fracaso completo de la causa; los convocados asintieron á este parecer, que aprobó Don Carlos, y acordóse un plan de campaña defensiva, comenzando por evacuar, entre otras, las poblaciones de Amurrio, Valmaseda, Arciniega y Orduña, para situarse en Areta, posición, al parecer, inexpugnable.

Espartero, para adelantar en la obra en que estaba empeñado y reducir á las provincias Vascongadas, apoyo principal de los carlistas, ordenó á sus soldados que incendiasen las mieses y talasen los campos de las poblaciones por donde pasaban. Contó al hacerlo con el cansancio de muchos de sus habitantes, hartos ya de la guerra prolongada desde 1833, y aunque tan bárbaro sistema no era de su agrado, lo puso en práctica á fin de terminar cuanto antes la campaña. Ya había enviado á la sazón algunos emisarios á Maroto para que explorasen su ánimo respecto á concluir la guerra por un convenio; pero como no recibiera ninguna respuesta satisfactoria, decidió avanzar en las operaciones militares poniendo al enemigo en situación cada día más apretada. Acompañóle el buen éxito y, el 14 de Agosto, tomó el pueblo de Villarreal, flanqueando y amenazando por retaguardia las posiciones de Areta.

Habían vuelto secretamente de Francia algunos de los mandados expulsar por Maroto en la ocasión antes citada en este capítulo, y consiguieron sublevar dos batallones navarros, á cuyo frente pusieron el general don Basilio García, el cura Echevarría (1) y otros, á los gritos de *¡Viva el Rey! ¡Muera Maroto! ¡Mueran*

(1) Había escrito este sacerdote una carta insultante á Maroto, recriminándole por su traición y llamándole impio. Contestóle Maroto en la siguiente forma:

« La causa se pierde y ustedes son los que la pierden por su villanía y perfidia. En cuanto á

los traidores! La importancia de este hecho consistía en que los jefes de tal sublevación contra Maroto procedieron así de acuerdo con el Pretendiente, cuya doblez no podía hallarse más á la vista.

Las proclamas que insertamos á continuación indican que aún no se había concertado convenio alguno entre los generales de los ejércitos contendientes. Decía así la de Espartero:

» El enemigo, desconcertado, será batido si no se acoge á nuestra generosidad, deponiendo las armas ó sosteniendo con ellas la Constitución de la Monarquía española, el Trono legítimo de Isabel II y la Regencia de su augusta madre. Los que así hagan serán admitidos como miembros de una misma familia, con olvido de lo pasado y una reconciliación fraternal que haga duradera la paz que todos los pueblos apetecen.»

La proclama de Maroto no indicaba propósitos de paz.

« Vosotros — decía — voluntarios y pueblos vasco-navarros, habéis visto derrotado á nuestro enemigo cuantas veces se ha internado, y en ésta lo lograremos si tenéis la resolución y constancia que se necesita para pelear. Nada deben imponeros las fuerzas con que se ha presentado; yo os prometo que desaparecerán si atendéis sólo á vuestro deber y despreciáis las habladurías de los mal intencionados. Entre nosotros no debe haber más divisa que la Religión, nuestro Soberano y la Patria; sofóquense para siempre esas voces de transacción que nunca puede haber y juremos nuevamente todos morir antes que sucumbir.»

Precipitáronse los acontecimientos; la toma de Durango por Espartero y la insistencia de los generales La Torre, Urbiztondo é Iturbe, lugartenientes de Maroto, decidieron á éste, comenzándose entonces las negociaciones de paz, intervenidas en su principio por el coronel Wylde, enviado del Gobierno inglés. Maroto no quiso contraer compromiso alguno sin contar con el Pretendiente, é hizo llegar á sus manos esta comunicación:

« En la noche de ayer se me presentó [un parlamento del ejército enemigo, haciéndome las proposiciones siguientes, de parte del Gobierno de Madrid:

» Reconocimiento del señor Don Carlos María Isidro de Borbón, mi Rey y Señor, como Infante de España.

» Reconocimiento de los fueros de las Provincias en toda su extensión.

» Reconocimiento de todos los empleos y condecoraciones en el ejército, dejando á mi arbitrio el ascenso ó premio de alguno que se considere acreedor á ello.

« Lo que digo á V. S. para que poniéndolo en conocimiento de S. M., se me

religión, un cura constantemente amancebado, hasta con dos hermanas; un cura que después de haber tenido hijos de una mujer la hace casar con su hermano; un cura jugador, bebedor y mal hablado, que se presta al Santo Sacrificio de la Misa, no entiendo pueda tener más religión de la que conocerá mi perro.»

Y, sin embargo, el cura Echevarría era uno de los favoritos y consejeros de Don Carlos.

prevenga lo que debo contestar; y como en las presentes circunstancias me he propuesto patentizar mi comportamiento hasta en los asuntos más reservados, ruego se me permita dar al público ésta mi comunicación, advirtiéndolo á V. S. que en la tarde de este día me he propuesto tener una conferencia con el jefe superior enemigo para pedirle más aclaraciones. — Dios guarde á V. S. muchos años. — *Cuartel general de Elgueta, 25 de Agosto de 1839.* — RAFAEL MAROTO. — Señor brigadier encargado de la secretaría de Estado y del despacho de la Guerra.»

Avistóse con Espartero en la ermita de San Antolín, sita á igual distancia de las villas de Elorrio y Durango. Hubo conformidad en las condiciones del convenio, menos en la extensión que había de darse al reconocimiento de los fueros de las provincias Vascongadas y Navarra; Espartero se negó á sancionarlo sin acuerdo del Gobierno y de las Cortes, quedando así interrumpidas, por no decir rotas, las negociaciones.

Al siguiente día, de orden de Don Carlos, se contestó á la comunicación de Maroto con la siguiente proclama:

« Voluntarios: Un acontecimiento tan extraordinario, que no tiene ejemplo en la historia de nuestro país, vendría á manchar las glorias que habíais justamente adquirido en esta heroica lucha, si continuasen algunos de vosotros en la defeción á que hoy os han conducido.

» Con el pretexto de paz se ha dado entrada al enemigo en vuestro suelo, y las cadenas de la esclavitud, la ignominia de vencidos van á reemplazar los laureles de que hasta ahora estábais cubiertos. La lealtad de muchos ha sido sorprendida; son indignas de vuestro valor las proposiciones hechas al Rey N. S. y no es digno de vosotros abandonarle en manos de sus enemigos. A esto solo, y á ligaros al carro de la revolución se reduce la paz con que á muchos han alucinado.

» Seguid al Rey, voluntarios: considerad vuestro heroísmo de seis años y no queráis mancharlo con un feo delito. Una paz en que se exige la abdicación del Rey que habéis jurado; una paz convenida entre jefes militares sin autorización ni garantía alguna, ¿qué otra cosa puede ser que un engaño para apoderarse de un país que no han podido dominar las armas?

» Desengaños; esta es la traición más infame que han visto los nacidos. Morir primero que sucumbir. La causa de un Dios pelagra y la de un Rey en cuya defensa está comprometida vuestra conciencia y vuestro honor. Sois leales por carácter; sois valientes; sois héroes y nada más tengo que deciros. Voluntarios: ¡Viva la Religión! ¡Viva el Rey!

» *Villafranca, 26 de Agosto de 1839.* — JUAN MONTENEGRO.»

Hablaron, sin embargo, y ya por última vez, Maroto y Don Carlos, diciendo aquél á éste que, puesto que ni el ejército ni el pueblo querían ya la guerra, era menester acordara pronto una resolución. Reunióse el Consejo de ministros y de generales, y por su dictamen convínose en que Don Carlos montara á caballo y se presentara ante el ejército á fin de conocer su espíritu.

He aquí cómo describe el historiador señor Morayta tan memorable escena, después de mencionar que el general Silvestre y otros agentes del cuartel real trabajaron á jefes, oficiales y soldados imbuyéndoles la conveniencia de que se pronunciasen en favor de Don Carlos y en contra de Maroto:

« ¡Vano empeño! si dos batallones castellanos vitorearon á Don Carlos, de lo cual éste no supo sacar partido, los guipuzcoanos y navarros y el resto de los de Castilla prorrumpieron en unánimes gritos de: *¡Viva el general Maroto! ¡Viva la paz! ¡Viva nuestro general en jefe!* A cuyas voces, irritado Don Carlos, exclamó:— *¡Aquí no hay más general en jefe que yo.* Estas palabras sólo sirvieron para que crecieran los vivas á Maroto. Al llegar ante los batallones guipuzcoanos, Don Carlos les recordó su fidelidad, sus juramentos; y como aquellos voluntarios per-



VERGARA — Vista del sitio del convento.

manecieran impasibles, un tanto amoscado, exclamó: — *¿Nadie me oye?* — Señor, díjole el general Lardizábal, *son todos vizcaínos y no entienden á V. M.*— *Pues tradúceles mis palabras.* Lardizábal les dijo en vascuence: — *¡Muchachos, este hombre pregunta si queréis la paz ó la guerra; contestadle!* — *¡La paz! ¡la paz!* gritaron miles de voces. Y Don Carlos, no queriendo oír más, partió á uña de caballo hacia Villafranca.»

Al siguiente día, 28 de Agosto, se dirigió Maroto por escrito á Espartero, que se hallaba en Oñate, haciéndole saber que pasarían á verle en su nombre los generales Urbiztondo, Iturbe y La Torre, el auditor La Fuente y los coroneles Toledo y Linares, para la formalización del correspondiente convenio de paz. Ajustóse el 30, sobre las bases de que Espartero recomendaría con interés al Gobierno el cumplimiento de su oferta de obligarse formalmente á proponer á las Cortes

la concesión ó modificación de los fueros; y de que serían reconocidos los empleos, grados y condecoraciones de los generales, jefes, oficiales y demás individuos del ejército de Maroto. Ratificóse el convenio el 31 en Vergara, de cuya villa tomó el nombre, aunque fué ajustado en Oñate. El mismo día 31 reuniéronse en los campos de Vergara las divisiones castellana, guipuzcoana y vizcaína y los soldados liberales con todos sus jefes. Espartero arengó elocuentemente á los carlistas, ponderando su valor y constancia; terminó diciéndoles: *¿Queréis vivir todos como españoles bajo una misma bandera? Ahí tenéis á vuestros hermanos que os aguardan; corred á abrazarlos, como yo abrazo á vuestro general.*

En medio de aclamaciones y vitores á sus caudillos y á la libertad se abrazaron los que hasta entonces venían peleándose como encarnizados enemigos.

Habiase retirado Don Carlos á Tolosa y, después de algunas infructuosas tentativas, en las que pudo apreciar que el país no le era propicio, estrechóle Espartero haciéndole acercarse á Francia, cuya frontera pasó el día 14 de Septiembre, verificándolo por Urdax; el mismo pueblo que presencié su entrada cinco años y dos meses antes, durante los cuales, y desde que comenzó la guerra, vertióse á torrentes la sangre de los españoles, sufriendo, además, enorme quebranto la riqueza de la Nación. Tal fué el fruto de su insensata campaña. Siguiéronle á la emigración unos 8,000 hombres y entre ellos los generales Elío, Zariátegui y Villarreal, harto generosos con él puesto que le perdonaron sus injustas persecuciones al verle en la desgracia.

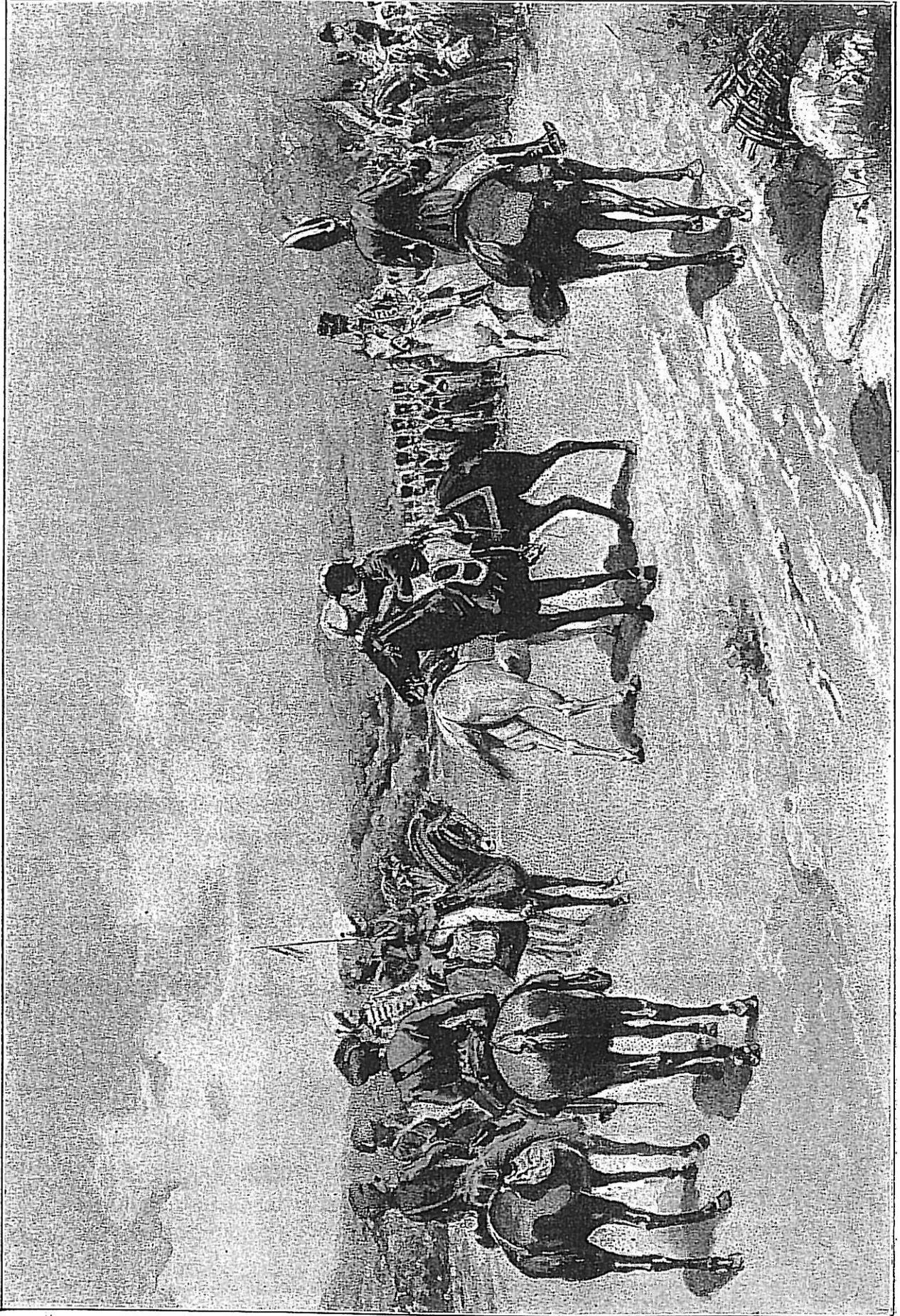


Antonio Van - Halen.

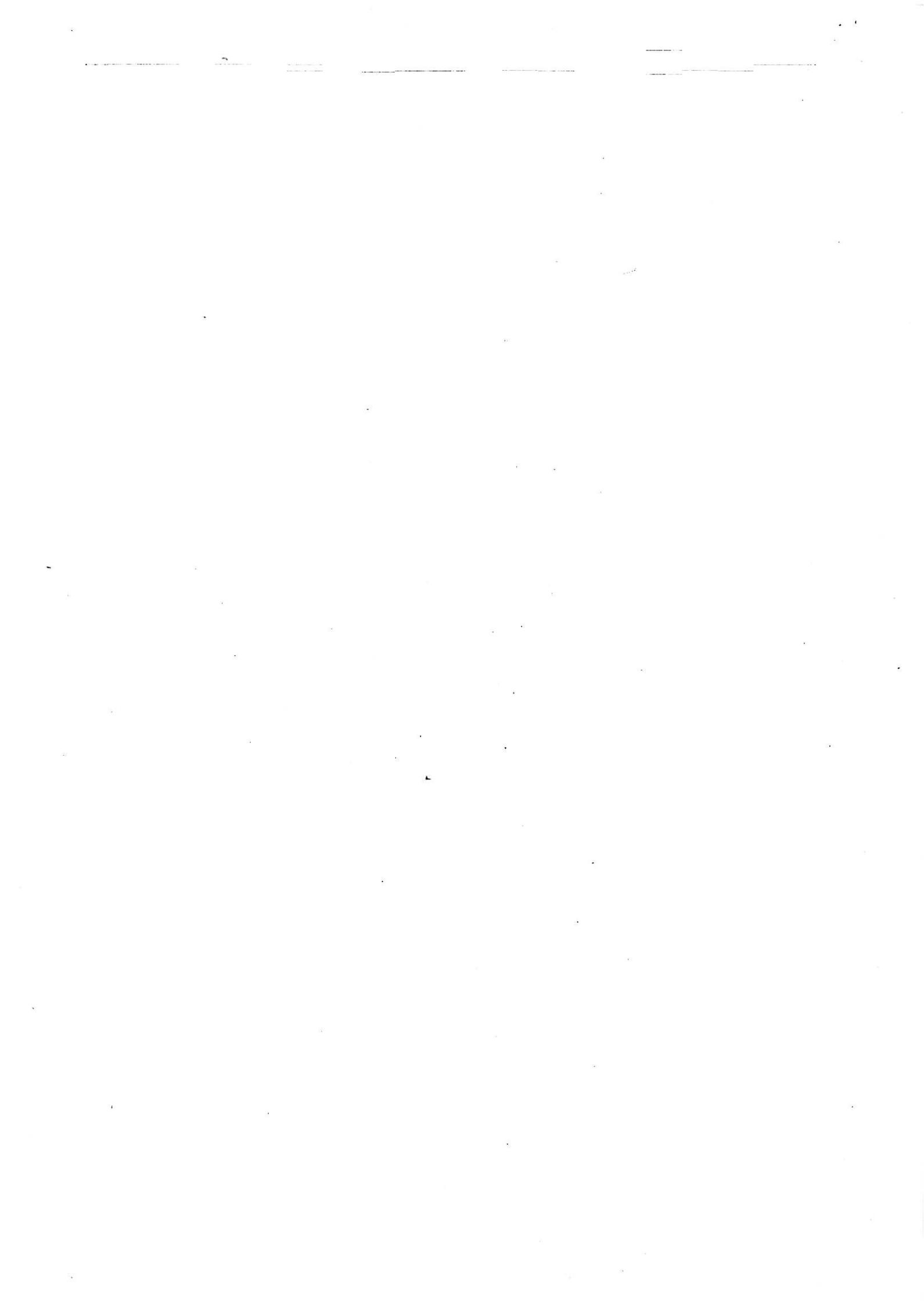
Por entonces y á manos de sus parciales fué asesinado el general González Moreno, cuando por Vera se dirigía á Francia. Igualmente lo fué luego el sanguinario Conde de España en Cataluña al ser reemplazado por Segarra. Uno y otro general carlista cometieron hechos execrables contra los defensores de la libertad y expiaron sus culpas siendo víctimas de los partidarios del absolutismo.

III

Venia sosteniéndose la guerra en Aragón y en el Maestrazgo merced al prestigio de Cabrera, que por el terror se imponía á aquellas comarcas, habiendo logrado reunir un formidable ejército apoyado en no pocas plazas fuertes.



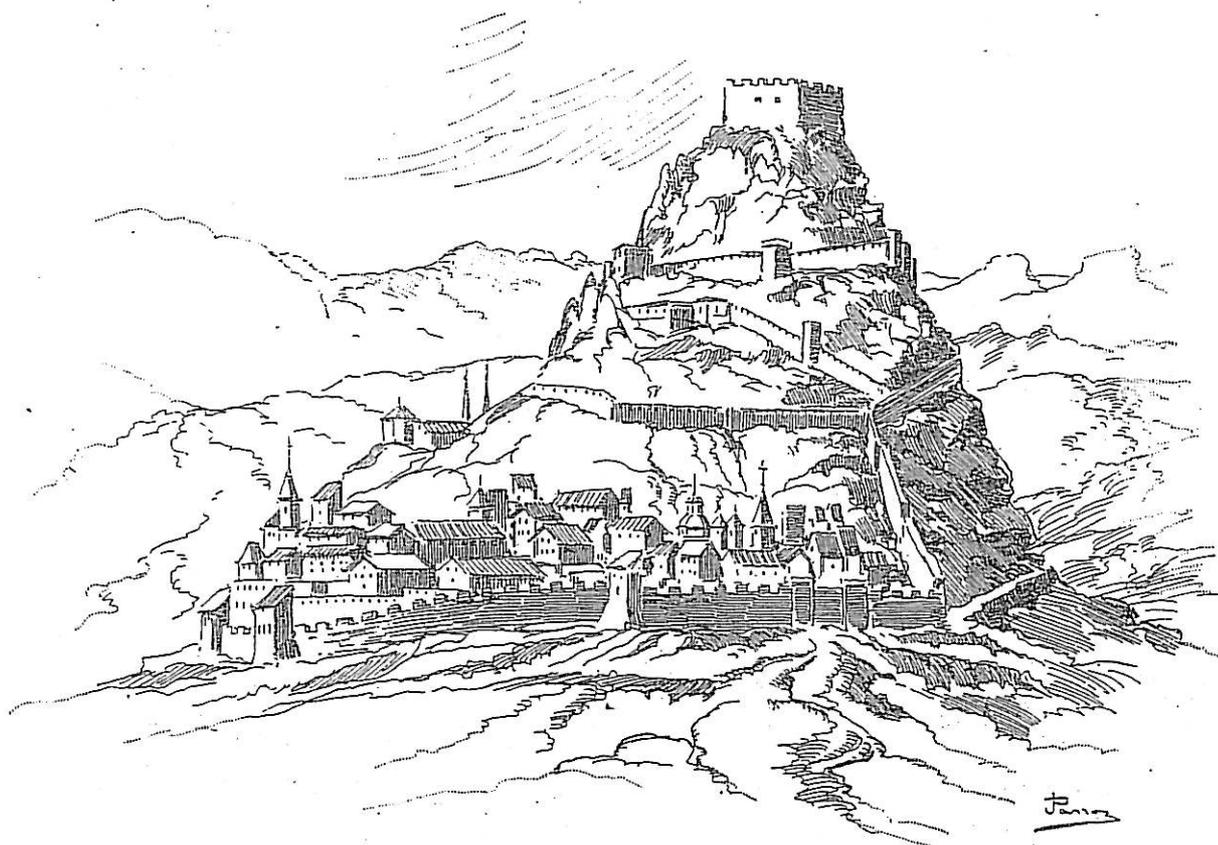
EL ABRAZO DE VERGARA.



Nombróse por el Gobierno á don Leopoldo O'Donnell, capitán general de Aragón, Valencia y Murcia, con la comandancia en jefe de las fuerzas militares del Centro, y empezó su campaña brillantemente obteniendo la señalada victoria de Lucena que le valió el ascenso á teniente general.

El convenio de Vergara, aunque abatió el ánimo de Cabrera, no le hizo desistir de su empeño, y para levantar el espíritu de los que le seguían publicó una proclama el 13 de Octubre, de la que tomamos los párrafos siguientes:

« El infame partido liberal, tan fecundo en traiciones é intrigas como cobarde é impotente cuando se trata de medir sus armas asesinas con las leales de los



Morella.

valientes defensores de nuestro amado Carlos V (q. D. g.), ha podido lograr en Navarra y las provincias Vascongadas el efímero triunfo de comprar al vil Maroto y á unos cuantos seres despreciables y de alma baja como la suya, habiendo resultado de esta traición la ventaja para la causa del Rey de haber conocido los hombres pérfidos y venales que abrigaba en su seno, y que, arrojados de él para siempre con maldición, van á ser el desprecio hasta de los mismos en cuyos brazos se han lanzado cobardemente.

» A combatir monstruos de semejante naturaleza son llamados todos los españoles, que sin distinción de edad ni condición están en el deber de contribuir cada uno, según sus conocimientos, al triunfo de la más santa y justa de las causas que se han defendido hasta el día.»

Por desgracia para los fanáticos partidarios de tal causa, que no era justa cuanto menos santa, dirigióse Espartero á Aragón con cuatro divisiones de soldados veteranos, formando, por cierto, parte de ellas, muchos carlistas de los convenidos en Vergara, que mandaban sus antiguos jefes Fulgosio y Cabañero. Duraron las operaciones algunos meses, pues se hacía preciso recuperar las plazas fortificadas y proceder con método para ir estrechando la línea de circunvalación dispuesta por el Duque de la Victoria á fin de acorralar á los cabreristas é impedirles hiciesen irrupción en otras provincias.

El 23 de Febrero del siguiente año 1840, obligábase á rendirse á la guarnición de Segura; conquistábase el 26 de Marzo el casi inexpugnable fuerte de Castellote; era derrotada la facción por Zurbano el 5 de Abril junto á Pitarque, y luego por Van-Halen en Peracamps. Ayerbe se apoderaba de Villaluenga; León de Monroyo, Peñarroya, Beceite y Mora de Ebro; Azpiroz del castillo de Alpunte y de los fuertes de Aliaga, Ares y Alcalá de la Selva; O'Donnell, de Cantavieja el 12 de Mayo, y el 21 de Montan, San Mateo y la Cenia; Iriarte, de Bejís, y Espartero el 30 de la importante plaza de Morella, cuya guarnición de 3,000 hombres se rindió después de una defensa heroica.

El avance de las columnas liberales continuó por todas partes con singular fortuna. Balmaseda fué derrotado en Roa; Azpiroz se apoderaba de Cañete y un núcleo importante de facciosos, con Segarra á la cabeza, rendía las armas en Cataluña.

Perseguido Cabrera, hubo de salir de Aragón, cruzar el Ebro y llegar á Berga de donde le desalojó Espartero, ayudado por León y Zurbano. Desalentóse entonces Cabrera y el 6 de Julio entró en Francia, acompañándole sus batallones aragoneses, catalanes y valencianos, componiendo un total de más de 12,000 hombres.

Con esto terminó la guerra, pero no la conspiración carlista, que continuó desde el extranjero, como se tendrá ocasión de ver en el transcurso de esta historia.
